

ORTIZ, Eduardo

Universidad Católica de Valencia “San Vicente Mártir”

@ eduardo.ortiz@ucv.es

Parrilla, Desiderio (coord.) (2012)

La violencia del amor.

Madrid: Asociación Bendita María.

267 p. ; 22 cm

El libro ^[1] que presentamos esta tarde, algunos de cuyos autores están aquí, es entre otras cosas una invitación a emprender la mayor aventura intelectual que un ser humano pueda emprender jamás, la más necesaria y la más difícil: el autoconocimiento, el conocimiento de uno mismo. Más allá de algunos precedentes geniales (el *gnothi seauton* socrático, el *mihi quaestio factus sum* agustiniano) ésa es la meta que la filosofía occidental se impuso progresivamente desde la Modernidad. Es algo que, culturalmente, aún estamos lejos de haber alcanzado.

Uno de los obstáculos que encuentra quien transita ese camino del conocimiento de sí es la ineludible presencia de la violencia (y el mal) entre los seres humanos. Contemplar la violencia y el mal entre nosotros inquieta, desasosiega, incluso desquicia. La inquietud, el desasosiego, el desquiciamiento son estados de ánimo (y situaciones existenciales) en las que no podemos instalarnos durante mucho tiempo.

No es extraño que apartemos la mirada, que propongamos soluciones falsas para mitigar la crueldad que la violencia y el mal traen consigo, o que lleguemos a intentar sustituir el mundo real por otro—ideal, utópico. Claro que, como hemos experimentado una y otra vez, estos remedios suelen ser peores que la enfermedad que pretenden curar.

Sin embargo, hay entre nosotros de vez en cuando chispazos o episodios de lucidez hermenéutica. Uno de ellos, contemporáneo, es sin duda el que debemos a la obra de René Girard —a cuyos tres principales traductores al castellano dedica Desiderio Parrilla (coordinador de este libro) un informativo e interesante artículo en esta obra—. Este casi nonagenario historiador, crítico literario y filósofo francés nos propone emprender el viaje del conocimiento de nosotros mismos armados con una clave hermenéutica: el deseo mimético. Hasta tal punto vivir es imitar, que nos copiamos unos a otros nuestros deseos (lo que



deseamos, la intensidad y la frecuencia con la que lo deseamos, etc).

Como es fácilmente imaginable, ello lleva a un sinfín de conflictos interpersonales –la violencia que nos acompaña–. Cuando el nivel de contienda llega a un límite, la lucha de todos contra todos se convierte en lucha de todos contra uno. Es la figura del chivo expiatorio. Él carga con el castigo que unos y otros merecemos. Su eliminación detiene la rueda de la violencia sin fin y evita el temido final, a saber, la desaparición de la especie humana. En el libro que hoy presentamos, sus autores repasan, de la mano de Girard, algunos testimonios de esa lógica cruenta de la violencia debida al deseo mimético, que no nos abandona: en la muerte de Juan el Bautista recreada por Flaubert y Wilde (Amalia Quevedo), en la violencia padecida por los coptos durante la primavera árabe (Francisco Bueno), en la evangelización de las Islas Marianas comenzada por el jesuita Diego Luis de San Vitores en el siglo XVII y en la cadena de violencias padecidas por los autóctonos debido al afán de apropiación de las grandes potencias (David Atienza, Francis Hezel), en algunos inolvidables estampas de la gran literatura occidental, debidas a Cervantes, Shakespeare, Dostoievski, Proust (Alejandro Llano) y también a la literatura (el García Lorca de *Bodas de Sangre*, *Yerma* y *La casa de Bernarda Alba*) y el arte español (el Guernica de Picasso) contemporáneos (David García-Ramos).

La historia de la humanidad reproduce una y otra vez esta dialéctica de conflicto de deseos, violencia creciente, identificación de una víctima y su consiguiente sacrificio. Son las sombras de nuestra historia, en la que junto a los logros de que nos sentimos tan ufanos, se escucha los lamentos y gritos de los desclasados, los desheredados, los marginados.

La novedad es que Dios se ha puesto del lado de estos últimos. Jesucristo, el Hijo de Dios, la parábola de Dios, es la víctima que pudiendo haber escapado de la condición de perdedor, la ha asumido con plena libertad. En la tremenda noche del huerto de los olivos en Getsemaní, Jesucristo delibera y elige contrariamente a como lo hicieran Eva y Adán en el huerto de Edén. *“Padre, si quieres, aparta de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya”* (Lc 22, 42). Son dos ejercicios del libre albedrío que han marcado para siempre la naturaleza humana y su historia. El de Adán y Eva nos ha supuesto una herida perenne, la que está en el origen de la siempre abierta posibilidad de aliarnos con el mal y la violencia; el de Jesucristo, su definitivo remedio.

La cura es el amor, sí, pero ¡cuidado!, *“porque es fuerte el amor como la muerte, es cruel la pasión como el abismo; es centella de fuego, llamarada divina”* (Ct 8, 6). El amor capaz de remediar la violencia nada tiene que ver con la *“fraternidad boba”*—como acertadamente observa Ángel Barahona en su contribución, la más amplia, la que da título al libro y la que recoge in extenso las preocupaciones intelectuales de Xiphias Gladius (grupo de estudios sobre la violencia y la religión, a quien se debe el libro). El amor que vence a la violencia es un tipo de amor que ningún ser humano ha sido capaz de imaginar. Es el amor que Jesucristo manifiesta a lo largo de su vida y una de cuyas expresiones cimera está en las conmovedoras palabras que pronunció en la cruz, *“Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen”* (Lc 23, 34). Es el amor al enemigo, *“que acepta el fracaso en el intento de amar y no ser entendido, no ser correspondido”* (p.95). Todavía más, es el amor que asume no sólo el no ser correspondido sino el ser agredido por aquél a quien amamos. Sólo a un Dios pudo ocurrírsele semejante tipo de amor.

Los cristianos, los que no sólo lo son de nombre, participan ontológicamente

de la naturaleza Dios en Jesucristo por el Espíritu Santo. Y eso quiere decir que pueden experimentar todos los tipos de amor (el de amistad, el conyugal, el paterno y materno filial y hasta el amor al enemigo). La buena noticia es que ni siquiera cuando aman a sus enemigos y padecen por tanto el drama de la no correspondencia y hasta de la violencia por parte de éstos, dejan los cristianos de recibir la asistencia de Dios. El amor al enemigo no es un amor a fondo perdido. Ningún verdadero amor lo es.

En el origen de todas las cosas no está el mal, ni la lucha simétrica entre el bien y el mal, sino el bien, el lógos, el sentido, la fiesta del amor de amistad vivido en el seno de la comunidad trinitaria, el entusiasmo de Dios por compartir el ser.

Cada uno de nosotros ha de hacer suya esta primacía ontológica sobre la nada y su cohorte (el mal, la violencia). Cada uno de nosotros ha de vencer, en un contexto —el nuestro— en que a nuestro lado late un día sí y otro también la amenaza de la alienación. “Si fuerais ciegos, no tendríais pecado, pero, como decís: ‘vemos’, vuestro pecado permanece” (Jn 9, 41). Es esa alienación que nos lleva a creernos dotados de una autonomía que no corresponde a nuestra condición de criaturas —mejor, de criaturas heridas— y que nos impide pedir ayuda al “pastor y guardián de nuestras almas” (1 Pe 2, 25).

Sin embargo, el amor es original y poderoso y atrayente... especialmente, el amor de Dios por cada uno de nosotros. Confesada o inconfesadamente, todos esperamos que, antes o después, conseguirá Él que le miremos y le amemos como él quiere—con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas (Dt 4, 5). Contamos para ello con la ayuda del cielo y de la tierra, de Su Hijo, del Espíritu de Su Hijo y de Su Iglesia. A dedicarnos a esta labor, a entender que ésta es la más importante tarea en que hemos de empeñar nuestras vidas, nos puede ayudar la lectura de los trabajos que forman *La violencia del amor*. “*El Reino de los Cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan*” (Mt 11, 12). Demos las gracias a los autores por su iniciativa y dediquémosles nuestra atención.

NOTAS

[1] A modo de reseña, publicamos aquí las notas que el profesor Eduardo Ortiz utilizó durante la presentación del libro coordinado por Desiderio Parrilla, *La violencia del amor*, Madrid Asociación Bendita María, 2012, que tuvo lugar el 31 de mayo en la Universidad Católica de Valencia “San Vicente Mártir”. Mantenemos de manera consciente el texto original tal y como nos ha sido remitido, dejando, por tanto, algunas referencias circunstanciales propias de la ocasión. El vídeo del acto de presentación puede visualizarse en <http://youtu.be/jHdHWv9oj4A>.

